

Notas, Textos y Comentarios

Nuevas tendencias en Eclesiología

El libro del P. Jáki¹ habrá sido muy bien recibido por todos los eclesiólogos, ya que se estudia en él concienzudamente y con gran erudición el inmenso acervo de publicaciones de estos últimos años sobre Eclesiología.

De todos es conocido el gran florecimiento que los estudios sobre la Iglesia han alcanzado en estos últimos años, hasta el punto que «el tratado de la Iglesia... ha venido a ser en el sistema católico el centro de donde toda la Teología recibe su luz y hacia el cual se concentran todas las líneas de su desarrollo» (Introduction, p. 5). Y al mismo tiempo es bien sabido que el tratado sobre la Iglesia es quizás actualmente el menos definitivo de toda la Teología. «Ekklesiologie im Werden» es el título de un libro de Koster; y este título responde sin duda a una gran realidad: la Eclesiología está actualmente «in fieri». De aquí la gran diversidad en el orden y sistematización del tratado; de aquí las discusiones y problemática que suscita. Todos están de acuerdo en que hay que renovar la Eclesiología, que llaman posttridentina, excesivamente polémica; pero al llegar a concretar algo más las nuevas directrices por las que habría de deslizarse este nuevo Tratado las opiniones son diversísimas. A dar un poco de luz viene el libro del P. Jáki; pues pretende, como nos dice él mismo al final de su introducción, «estudiar esta nueva orientación [de la Eclesiología] en lo que tiene de específico; su mentalidad general, la idea teológica que supone, el fin que se propone, los problemas por los que se interesa, lo que aporta a un enriquecimiento de la Teología de Iglesia; y también sus deficiencias y peligros que presenta» (p. 16).

A este fin van encaminados los cuatro capítulos en que divide su disertación. 1.º Orígenes de las tendencias actuales de la Eclesiología. 2.º Las Eclesiologías no católicas. 3.º Retorno a las fuentes. 4.º Investigaciones sistemáticas sobre la Iglesia. Imposible en el breve espacio de que disponemos seguir detalladamente todo el desarrollo de cada uno de los capítulos. Nos limitaremos a los puntos que juzgamos de especial relieve. Después expondremos nuestro modesto parecer sobre el desarrollo de algunos puntos del esclarecido autor.

¹ JÁKI, STANISLAS, O. S. B., *Les tendances nouvelles de l'Écclésiologie* (Bibliotheca Academiae Catholicae Hungaricae, sectio philosophico-theologica, vol. III).—Casa Editrice Herder (Romae 1957) p. 274.

En el capítulo primero el autor dedica un buen número de páginas, como se merece la importancia del asunto, a dar un resumen del libro de Moehler «Die Einheit in der Kirche», considerado como el principal punto de partida de la tendencia actual a estudiar con más atención el aspecto vital y orgánico de la Iglesia. Pasa a continuación a examinar la doctrina eclesiológica de Newman, que debe ser colocado entre los iniciadores de las nuevas corrientes por «su vitalismo, su concretismo, su mística acerca de la Iglesia» (p. 36). Las tendencias naturalistas y ateístas de principios del XIX contribuyeron también, a su manera, al desarrollo de una Eclesiología llena de vida y concretismo. En oposición a los nuevos «mesianismos» puramente naturalísticos de un Marx y un Nietzsche, los católicos se ven obligados a hacer vivir más intensamente el misterio de la Iglesia. Los Padres del Concilio Vaticano nos lo presentan como el remedio a los males del siglo; y sobre todo, dicen, hay que reivindicar contra el naturalismo el valor de la Iglesia como Sociedad sobrenatural, organismo de salvación (p. 58). La renovación espiritual impulsada por estas cuatro causas: el movimiento litúrgico, la espiritualidad Cristocéntrica, la revalorización de la dignidad de los laicos en la Iglesia, el movimiento social cristiano son factores de gran valor en este resurgir de una nueva Eclesiología. En un último párrafo de este primer capítulo apunta el autor las desviaciones principales a que han llevado de hecho algunas ideas modernas sobre la Iglesia. Exageraciones en la unión quasi somática con Cristo como consecuencia de la doctrina mal entendida del Cuerpo místico, desprecio de todo lo que se refiere a la estructura de la Iglesia, falsas afirmaciones sobre el pecado original y sus consecuencias, etc.

El capítulo segundo lo dedica J. a las Eclesiologías no católicas. También ellas se desarrollan bajo el signo de una orientación netamente vitalista. Y este hecho, dice, exige de los católicos un esfuerzo para una comprensión más amplia y concreta del misterio de la Iglesia. Una Eclesiología así renovada hará más fácil un acercamiento entre los sistemas católicos y no católicos (p. 83). El objeto de este capítulo —nos dice al autor— es precisamente presentar el esfuerzo de la Eclesiología católica para integrar, en lo posible, los aspectos y valores nuevos de las Eclesiologías no católicas. Imposible que sigamos todo el desarrollo de este capítulo, en el que muestra Jáki un gran conocimiento de las doctrinas de los protestantes y orientales separados acerca de la Iglesia. Sobre las primeras dedica especial atención a Barth y Brunner. En la crítica de estos autores hace ver que su dialéctica conduce lógicamente al escepticismo y a la desesperación. Estudia a continuación el esfuerzo realizado por algunos autores católicos para integrar a nuestra Eclesiología los valores positivos que pudieran tener estas Eclesiologías protestantes que pueden reducirse a estos puntos: penetrar lo más posible el aspecto vital de la enseñanza bíblica sobre la Iglesia y saber ver a la Iglesia *concretamente* a través de las aspiraciones y experiencias del creyente individual (p. 98).

En la Eclesiología «ortodoxa» reciente Khomiakov —dice— es el autor que mayor influencia ha tenido. El alma de su Eclesiología está en la primacía del amor y de la experiencia mística sobre la inteligencia (p. 108). En esto, dice K., está la principal diferencia entre el racionalismo religioso occidental, tanto romano como protestante y las doctrinas de la Iglesia Oriental. Identifica revelación con santidad; la autoridad exterior es para él un puro racionalismo que hace esclavos a los hombres (p. 104). Las Eclesiologías neoeslavófilas siguen preponderantemente las ideas de Khomiakov. La palabra clave de estas Eclesiologías es la «sobornost». «Sobornost» es

indefinible racionalmente; es la catolicidad interior de la Iglesia, el verdadero Cuerpo Místico vivido en la experiencia de la unidad de muchos en uno solo (p. 107). La respuesta católica a este párrafo está cuidadosamente redactada y con mayor amplitud que la correspondiente a las iglesias protestantes. El tema es en verdad delicado y difícil por lo imprecisas que a nosotros nos resultan las ideas de los orientales. J. termina esta parte con las siguientes palabras: «La Eclesiología católica tiene sin duda una misión importante con relación a las iglesias orientales; ella debe conferirles los elementos doctrinales que su Eclesiología actual puede tener de falso, unilateral e incompleto. Pero no podrá llenar esta misión más que a condición de salir del unilateralismo apologetico de muchos tratados de Ecclesia todavía en boga y presentar la doctrina revelada sobre la Iglesia más dogmática e irénica, integrando al mismo tiempo el aspecto vital de la idea de la Iglesia» (p. 129).

Las diez páginas siguientes las dedica el autor a presentar en breve resumen el movimiento ecumenista. Uno de los frutos que apunta J. se ha sacado del diálogo teológico con el movimiento ecuménico es el haber profundizado nuestros puntos de vista acerca de la nota de catolicidad. Esta nueva tendencia quiere hacer resaltar la idea de la universalidad de la verdad más allá de los límites demasiado estrechos de la catolicidad cuantitativa. Esta nota de la Iglesia ha de dirigir la integración de todos los residuos de verdad esparcidos en la humanidad. Parece hacer suyas unas palabras del P. Congar, en las que dice que la reunión de las cristiandades separadas puede aportar a la Iglesia un enriquecimiento real (p. 141). En resumen, se requiere, dice Jáki, en el católico ante el movimiento ecuménico: 1. Una mayor elaboración del aspecto interior de la Iglesia. 2. Una mayor amplitud en el método teológico, en particular eclesiológico. 3. Más orientación psicológica y antropológica. 4. Un alma abierta a los valores vitales, al sentido histórico, un retorno a las fuentes cristianas; y ante todo objetividad, sin estrecheces subjetivas (p. 150).

En el capítulo tercero, que titula «Retorno a las fuentes», pretende el autor estudiar las principales obras aparecidas en los últimos 30 años en el campo de la Eclesiología bíblica, patristica y de los grandes Escolásticos medievales.

Elemento característico, casi exclusivo, de las obras que estudian los datos que sobre la Iglesia se encuentran en la Sda. Escritura es su aspecto de Cuerpo Místico de Cristo. Así Mersch, Wikenhauser, W. Koester, Jürgenmeier, etc. Cerfaux tiene el mérito de hacer un estudio mucho más amplio de la génesis de la Eclesiología de S. Pablo.

En los trabajos sobre la Eclesiología de los Padres también aparece la tendencia a hacer resaltar que el aspecto vital de la Iglesia tenía en ellos un puesto preponderante. «La idea de la Iglesia en los primeros siglos —dice— fué más vivida que pensada, más realizada que sistematizada, puesto que los hechos han precedido a las ideas y éstas se encuentran todavía en un estadio rudimentario» (p. 171).

Finalmente en los grandes Escolásticos medievales no se encuentran tratados sistemáticos sobre la Iglesia, pero sí una primacía de lo espiritual que hace dejar muy en la penumbra, para un Sto. Tomás o un S. Buenaventura, por ejemplo, todo otro aspecto. «Así se comprende que en los escolásticos la noción de Cuerpo místico venga situada ante todo en el plan de la vida y no de la Institución (estructura de la Iglesia)» (p. 194).

En el capítulo cuarto, último de la obra, intenta el autor examinar las obras recientes de carácter preponderantemente especulativo sobre la naturaleza íntima, o sea el misterio de la Iglesia, su estructura, su mediación universal, su definición y el puesto que ha de ocupar la Eclesiología dentro de toda la Teología.

La cuestión de la naturaleza íntima de la Iglesia es el centro de los estudios eclesiológicos a partir de Moehler. El Esquema «de Ecclesia» del Concilio Vaticano es una muestra del interés que suscitó este problema. Estudian profundamente las relaciones de la Iglesia con Cristo en orden a determinar su naturaleza íntima Franzelin, Schœeben, para quien el misterio de la Iglesia es «la comunicación más íntima y más real de los hombres con el Hombre Dios» y otros más modernos como Commer, Clérissac, Feckes. Como coronamiento de estos trabajos podemos considerar la Encíclica «Mystici Corporis» de Pío XII.

El misterio eclesiológico por excelencia radica en el Espíritu Santo, alma de la Iglesia. «El Espíritu Santo es el que realiza la Cristoconformidad de la Iglesia» (p. 216). Desde León XIII esta doctrina ha ido poniéndose cada día más en relieve.

También las relaciones entre María y la Iglesia han sido objeto de numerosísimos estudios en estos últimos diez años. Cada día se insiste más en que Mariología y Eclesiología se han de completar mutuamente.

Sobre la estructura de la Iglesia advierte J. que al poner de relieve la doctrina del Cuerpo místico ha habido exageraciones y han llegado algunos autores a tener en menos aprecio el aspecto visible de la Iglesia. También ha habido imprecisiones sobre la coextensión del cuerpo místico y la Iglesia visible que han sido corregidas por la Encíclica «Mystici Corporis» en parte, continuándose las discusiones en muchos aspectos del difícilísimo problema de los miembros de la Iglesia. Otro peligro de error radica en el exagerar el ideal celeste de la Iglesia sobre su realidad terrestre. En contraposición a él insiste K. Adam en la necesidad de considerar el «exinanivit» de la Iglesia, paralelo al de Cristo en la Encarnación, que lleva al estudio de la teología de la cruz en el cristiano (p. 224). Es necesario finalmente, como pondera Feckes, mantener el equilibrio entre los dos extremos, de un modo semejante a lo que ocurre en Cristo Verbo Encarnado, ya que la Iglesia es una Sociedad a la vez divina y humana, temporal y eterna.

Bajo el mismo epígrafe «Estructura de la Iglesia» estudia también Jáki el problema de las notas. Con una consideración más dogmática del misterio de la Iglesia se ha comenzado a estudiar también la cuestión de las notas de un modo más dogmático. Así el P. Mersch, Journet, Clérissac, entre otros. Sobre la nota de la Catolicidad se insiste sobre todo en la Catolicidad virtual, quedando en segundo término la catolicidad numérica. Afirma J. que sobre este punto nuestros manuales «de Ecclesia» han de sufrir una profunda transformación después de examinadas las posiciones de Thils, Poulpiquet y Congar (p. 228). Sobre la Unidad aparece desde Moehler la tendencia a poner más atención a la unidad interna. «El movimiento ecuménico —dice Jáki— ha provocado una nueva actitud de parte de los católicos, en que se insiste en la unidad mística ya existente de la cristiandad, a pesar de las escisiones visibles entre las iglesias» (p. 229). Acerca de la Santidad dice que entre las tendencias modernas se critica el que se haya insistido poco en la santidad de la doctrina. «Dom Vonier afirma que los apologistas católicos se han esforzado demasiado en demostrar 'la buena impresión' que hacía la

Iglesia en el mundo» [= santidad puramente externa] (p. 230). *La Apostolicidad* de la Iglesia, finalmente se ve hoy día sobre todo «en el inefable punto de contacto con el Espíritu Santo» (p. 232).

También en la «estructura de la Iglesia» juega un papel capital, *la Jerarquía*. Antiguamente se consideraba casi exclusivamente desde un punto de vista apoloético y canónico; en cambio hoy día se atiende más al aspecto dogmático, es decir, a la unión con el Espíritu Santo. Para Scheeben «la maternidad sacerdotal da su verdadera grandeza a los poderes de enseñar y gobernar» (p. 233). Por último, los miembros no jerárquicos de la Iglesia, *los laicos*, son objeto de especial atención, antes demasiado olvidada, en las modernas corrientes de la Eclesiología.

Bajo el título *La mediación universal de la Iglesia* estudia J. en otro párrafo de este capítulo las nuevas aportaciones de las tendencias actuales a la solución del gravísimo problema de la conciliación del axioma «extra Ecclesiam nulla salus» con la voluntad salvífica universal de Dios.

Los dos últimos párrafos del capítulo los dedica el autor, el primero, a los estudios realizados en orden a hallar una definición lo más perfecta posible de la Iglesia. La encuentra en la Encíclica «*Mystici Corporis*», pues «la metáfora Cuerpo místico de Cristo, explicada y precisada por el Papa, viene a ser una definición analítica y significa: la sociedad fundada por Cristo y dotada por él de una entidad sobrenatural» (p. 251). Y el segundo a las diversas tentativas de los eclesiólogos recientes para separar convenientemente los dos tratados «de Ecclesia», apoloético y dogmático, y colocar a éste en el lugar que le corresponde en la sistematización de toda la Teología; tentativas que, por la gran variedad que presentan, muestran la gran dificultad de la solución de este problema.

Llegamos al fin de la obra. En tres páginas especialmente densas resume Jáki *las conclusiones* de su trabajo. A) Elaboración de nuevos puntos doctrinales. Apunta el autor los siguientes: 1) Clara distinción entre un estudio de la Iglesia puramente apoloético y una Eclesiología resueltamente dogmática, 2) El tratado dogmático «de Ecclesia» debe ser concebido como un prolongamiento de la Cristología. 3) La gracia que se derrama de la Cabeza de Cristo a los miembros constituye la realidad mística de la Iglesia. 4) La Iglesia existe en un estado de *Encarnación*, es decir, indisolublemente unida a su estructura visible; de aquí la importancia de la Jerarquía. Sólo esta Jerarquía visible puede dar a los fieles la plenitud de la vida sobrenatural y de la santidad (p. 261). 5) Las cuatro propiedades, unidad, santidad, catolicidad y apostolicidad, fluyen ciertamente de la vida de la Iglesia «infalliblemente realizada por el Espíritu Santo». 6) La vía de conquista sobrenatural permanecerá siempre la vía de la cruz; y la Iglesia, precisamente por su «kenosis» o estado de humillación da a luz con sus sufrimientos a nuevos hijos.

B) Desviaciones que hay que evitar. Entre ellas merecen destacarse: 1.º Un misticismo vago y peligroso del aspecto visible o un optimismo sin límites en que no se atiende a la fase terrestre o de humillación de la Iglesia. 2.º Un entusiasmo sin crítica en buscar ciertos valores sobrenaturales con frecuencia esenciales, fuera de la Iglesia, única depositaria de las riquezas de la Encarnación. 3.º Inclinar a una independencia más o menos explícita del Magisterio.

C) Caminos para el futuro: 1.º Poner en su punto una metodología eclesiológica; o en otros términos, establecer un sistema seguro, sin ser rígido,

de los aspectos múltiples de la Iglesia. 2.º Elaborar, por medio de profundas investigaciones, la doctrina de conjunto sobre las enseñanzas de la Sagrada Escritura acerca de la Iglesia. 3.º Consagrar más atención a lo dicho por los Santos Padres sobre la Jerarquía, los Obispos y aspecto visible de la Iglesia, para poder poner en el lugar que se merece el aspecto dogmático de la Jerarquía junto al aspecto apologético y dogmático ya ampliamente desarrollado. 4.º En fin, considerar más la Iglesia de un modo dinámico. «Este aspecto dinámico es el llamado a crear la síntesis de la Eclesiología» (p. 213). Termina el libro con un bello texto de San Agustín sobre el amor a la Iglesia.

* * *

Hasta aquí hemos procurado ir siguiendo a grandes rasgos el desarrollo de la obra del P. Jáki. Ya hemos indicado al principio el mérito principal del libro: ofrecernos una visión de conjunto de las tendencias actuales de la Eclesiología en la que sintetiza con gran acierto los principales aspectos de los estudios que han aparecido en estos últimos años. La erudición del autor es realmente notable: conoce y estudia a fondo las principales obras de la materia, sobre todo en lengua francesa y alemana. Nosotros hubiéramos deseado que hubiera tenido también más presente algunos estudios de particular valor aparecidos en lengua española, como el libro sobre el Cuerpo místico del P. Emilio Sauras, O. P., del que sólo aparece una cita indirecta en una nota, los estudios eclesiológicos del P. Bover, S. I. en su Teología de San Pablo, etc. Resultan especialmente interesantes y originales sus estudios sobre las Iglesias orientales.

El juicio que da sobre las diversas tendencias es en general ponderado y justo: alabando todo lo bueno que hay en las nuevas direcciones de los estudios eclesiológicos, reconoce los peligros a que pueden llevar algunas exageraciones u optimismos inconsiderados. Quizá alguna vez juzga con excesiva benignidad e irenismo alguna que otra afirmación, como aquella de Congar que parece hacer suya que «la reunión de las cristiandades separadas puede traer a la Iglesia un enriquecimiento real» (p. 141), sólo admisible si se trata de bienes accidentales. De lo contrario contradeciría las palabras de la Instrucción del Santo Oficio de 20 de diciembre de 1949 (A. A. S., 1950, p. 142 s.): «Non ita de hoc [reditu ad Ecclesiam catholicam] est loquendum, ut ipsi sibi videantur redeuntes aliquid substantiale afferre ad Ecclesiam, quod in Ipsa hactenus defuerit.»

Por el contrario, quizá juzga con excesiva dureza los manuales de Eclesiología pasados y presentes, cuando habla de «su unilateralismo apologético y de la necesidad de presentar la doctrina revelada sobre la Iglesia más dogmática e irénica» (p. 129). Por todo el libro, esparcidas acá y allá, se hallan con frecuencia acusaciones contra el método apologético de los tratados «de Ecclesia» existentes, hasta el punto de juzgarlo perjudicial al recto desarrollo de la Eclesiología. ¿Qué hay de verdad en esta acusación?

Como en tantas otras cosas «in medio consistit virtus». Concedemos que ha faltado a muchos tratados «de Ecclesia» un mayor desarrollo del aspecto dogmático, sobre todo de la cuestión de la Iglesia como Cuerpo místico de Cristo; pero esto no ha de exagerarse hasta el punto de que parezca —puede producir esta impresión el libro de Jáki, aunque es evidente que no lo pretende— quiera construirse un tratado totalmente dogmático «de Ecclesia».

Es claro que siempre será necesario construir primero un tratado apoloético en que se establezca sólidamente la existencia de una Iglesia fundada por Jesucristo y dotada del carisma de la infalibilidad en sus enseñanzas. Sin este fundamento todo edificio dogmático se construiría en el vacío.

Por otra parte la sistematización del tratado dogmático de la Iglesia no es tan fácil como a primera vista pudiera parecer, a no ser que se quiera introducir dentro del tratado «de Ecclesia» todo el tratado de la gracia habitual «que constituye la realidad mística de la Iglesia», como dice Jáki en sus conclusiones, y el «de Sacramentis». Dice el autor casi como última afirmación de su libro que «el aspecto dinámico de la Iglesia está llamado a crear la síntesis de la Eclesiología». Pero crear en la práctica tal síntesis quizá no sea tan fácil. En el Congreso Internacional para el cuarto centenario de la Universidad Gregoriana (1953) presentó el Rdo. P. D. Eugenio Valentino, S. D. B., una comunicación sobre «los aspectos dinámicos del tratado de Ecclesia». (Cf. *Analecta Gregoriana*, vol. LXVIII, p. 165-174.) En él proponía añadir a las tres partes clásicas «de origine, discernibilitate et essentia Ecclesiae» una cuarta dinámica «de missione Ecclesiae». En la discusión que se siguió se vió que dicho plan presentaba también no pequeñas dificultades, a pesar de que sólo pretendía añadir esta cuarta parte dinámica a las partes tradicionales. ¿No presentaría todavía más dificultades construir toda la síntesis de la Eclesiología fundada en su aspecto dinámico?

Unas breves consideraciones, finalmente, sobre el juicio del Autor al problema de *Las notas de la Iglesia*.

Sobre la *unidad* afirma que las tendencias modernas han intentado devolver al puesto de honor que le es debido la unidad interna y mística de la Iglesia, en contraposición con la mayoría de los tratados hasta ahora en uso, que solamente consideraban la unidad externa (p. 229). Nos felicitamos de que se haya puesto más atención a la unidad interna y mística en estos últimos tiempos. Hacía falta. Pero esto no se opone a que la vía de las Notas atienda sobre todo a la unidad externa y visible. Lo pide su misma esencia, ya que esta unidad externa y visible es la única fácilmente perceptible y por esto precisamente es «Nota». ¿Por qué maravillarnos, pues, de que los manuales «de Ecclesia», al tratar precisamente de las Notas, insistan principalmente en la unidad externa?

Sobre la *catolicidad* también cree J. necesaria una profunda transformación de las ideas, y añade que «la nueva presentación de la nota de la catolicidad se distingue por su relación con el misterio de la Encarnación...» (p. 228). De nuevo creemos que olvida el Autor que al tratar de la catolicidad como nota no puede dejarse a un lado el que sea fácilmente perceptible. Es verdad que la catolicidad numérica *sola* nada probaría; pero el juzgar con tan poco aprecio la catolicidad numérica puede proceder de no tener en cuenta que en la misma esencia de su concepto entra la unidad: «*Unius Ecclesiae lata diffusio...*» (Cf. SALAVERRI, *Sacrae Theologiae Summa*, vol. I, n. 1064). Y la catolicidad, entendida en este sentido pleno, tiene un valor nada despreciable para discernir la verdadera Iglesia.

Finalmente el juicio que da J. sobre la *santidad* y la *apostolicidad* nos parece que tampoco cuadra muy perfectamente con el estado de la cuestión que hay que tener presente en la demostración tradicional de la «*Via notarum*». No es que los apologetas católicos se contenten con «demostrar la buena impresión que la Iglesia hace en el mundo». De sobras saben que la santidad externa sin la interna no es verdadera santidad. Lo que ocurre es que los

apologistas católicos recuerdan aquello del Evangelio: «a fructibus eorum cognoscetis eos» (Mt 7, 16). Y los frutos externos de santidad son un testimonio de la santidad interna de la Iglesia. Por último que la apostolicidad venga a ser «un inefable punto de contacto con el Espíritu Santo» nadie lo niega; pero este contacto con el Espíritu divino debe manifestarse de algún modo tangible para que sea «nota»; y esto es lo que buscan los eclesiólogos al hablarnos de la apostolicidad de sucesión y de doctrina.

Estas pequeñas observaciones y algunas otras que podríamos aún añadir, pero que nos vemos forzados a omitir por falta de espacio, no quitan nada el gran mérito de la obra en su conjunto. Sólo muestran las dificultades con que tropieza actualmente esta «Ecclesiologia in fieri», que sin duda irá sistematizándose y perfeccionándose con obras de positivo valor, como ésta que hemos reseñado del Rdo. P. Stanislas Jáki.

IGNACIO RIUDOR, S. I.